

Rafael Rojas, *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*. México: Taurus, 2009.

Pablo Mijangos y González

Uno de los avances más significativos de la historiografía reciente ha sido la recuperación de la “tradicción republicana” en Hispanoamérica. Tradicionalmente, las turbulentas primeras décadas del siglo XIX habían sido interpretadas a la luz del conflicto ideológico entre liberales y conservadores, o de antinomias similares: federalismo/centralismo, progreso/reacción, civilización/barbarie. Lejos de tales simplificaciones, lo que la nueva historiografía ha revelado es la existencia de un complejísimo laboratorio político en el que se mezclaron lenguajes y prácticas provenientes lo mismo del “antiguo régimen” que de las revoluciones francesa y americana. En este laboratorio tuvo un papel decisivo el imaginario republicano, pues permitió albergar la utopía de un “Estado libre” sostenido por ciudadanos virtuosos e ilustrados: un ideal antiguo que buscó echar raíces en sociedades post coloniales profundamente heterogéneas y divididas. Como observa Rafael Rojas, antes que liberales, conservadores o nacionalistas románticos, los primeros estadistas hispanoamericanos fueron en su mayoría fervientes re-

publicanos, y en su trayectoria vital puede rastrearse la transformación de esta utopía originaria en un oscuro desencanto frente al gobierno representativo. *Las repúblicas de aire*, obra ganadora del I Premio Internacional de Ensayo Isabel Polanco, aborda precisamente “los dilemas intelectuales de los primeros republicanos de Hispanoamérica”, es decir, de aquella generación “que encabezó la guerra de independencia contra España, que defendió la autonomía de los reinos de Ultramar en las Cortes de Cádiz y que intervino en la edificación constitucional y política de los nuevos Estados, entre 1810 y 1830”. A esta generación le tocó enfrentar el desafío de construir repúblicas y “gobiernos perfectos” sin contar con ciudadanos “en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos”, en palabras de Simón Bolívar. Al final, frustrados por el fracaso de estas “repúblicas aéreas”, muchos de estos republicanos optarían por soluciones paternalistas y autoritarias (el caso paradigmático de Bolívar), o por un abandono de las esperanzas en la propia nación: son los casos de Lorenzo de Zavala y sus proyectos utópicos de colonización en Texas, o de los patriotas cubanos que soñaron con una independencia cobijada por la gran república imperial norteamericana. Pero no todo es utopía y desencanto en el ensayo de Rojas.

Mientras narra las historias de Simón Bolívar, Andrés Bello, fray Servando Teresa de Mier, Lorenzo de Zavala, Félix Varela, José María Heredia y Vicente Rocafuerte, el autor nos ofrece un retrato exquisito del mundo político e intelectual de aquellos republicanos, de sus exilios, sus redes afectivas, sus lecturas y traducciones.

Al igual que otras obras de Rafael Rojas, este libro se compone de ensayos entrelazados que pueden leerse de manera independiente. El primero trata de las fronteras simbólicas de la utopía republicana en Hispanoamérica. Aquí la discusión gira en torno a la ausencia de “modernas identidades nacionales” en la región, ausencia que hizo posible el diálogo con la América anglosajona y el planteamiento de proyectos confederales a nivel continental. Rojas subraya que la “América septentrional” de los insurgentes distaba mucho de una comunidad étnica y cultural en el sentido nacionalista. La nación americana de Morelos, por ejemplo, consistía en una comunidad de ciudadanos unidos por su fe católica, pero sobre todo por su adhesión a las prácticas y virtudes republicanas. En este sentido, el verdadero enemigo de las nuevas naciones surgidas de la Independencia no era Estados Unidos, sino Fernando VII y el proyecto de reconquista enarbolado por la Santa Alianza. Durante la década de

1820, la del monroísmo y los Congresos de Panamá y Tacubaya, Estados Unidos era visto aún como un aliado y como el modelo de república por excelencia: su federalismo, pensaba fray Servando, era “el colmo de la perfección social”, un arreglo tan perfecto como irrealizable en un contexto de fragmentación territorial y creciente inestabilidad política. La insistencia en un destino republicano común fue menguando conforme las jóvenes naciones hispanoamericanas cayeron en un ciclo interminable de conflictos internos. Así, fue hasta la década de los 1830 cuando se comenzó a pensar seriamente en la necesidad de fortalecer la frontera en tre las dos Américas. Dicho fortalecimiento, según el guayaquileño Vicente Rocafuerte, sólo podría realizarse mediante la instauración de la tolerancia de cultos y la subsiguiente fundación de colonias de inmigrantes europeos (preferiblemente protestantes) en el Norte de México; en otras palabras, sólo una república próspera, libre y “blanqueada”, podría frenar la expansión continental de Estados Unidos.

Rojas explora a lo largo de varios capítulos el modo en que los primeros republicanos hispanoamericanos interpretaron y tradujeron las “ideas ilustradas, republicanas y liberales que se producían en Europa y Estados Unidos”. Un primer ejemplo es el de los patriotas

criollos Félix Varela y Manuel de la Bárcena, quienes defendieron tempranamente los ideales de soberanía popular y gobierno representativo utilizando el lenguaje del pactismo monárquico y el constitucionalismo gaditano. Siguiendo a Nettie Lee Benson y José María Portillo, Rojas afirma que la cultura jurídica indiana era lo suficientemente maleable como para traducirse en “prácticas de representación regional dentro de un federalismo moderno”. Sin dicha tradición previa, concluye, resultaría inexplicable la rápida transición política del virreinato de la Nueva España a la primera República Federal. Este proceso de “traducción” de lenguajes políticos se intensificó durante los años en que la primera generación de republicanos coincidió en el puerto de Filadelfia. Según Rojas, esta vibrante ciudad de impresores y comerciantes sirvió de “puente” entre las revoluciones hispanoamericanas y la revolución de independencia estadounidense. En efecto, fue desde allí que los exiliados hispanoamericanos divulgaron el *Sentido común* de Thomas Paine, los artículos de *El Federalista*, la Declaración de Independencia, la Constitución de 1787 y el *Manual de práctica parlamentaria* de Thomas Jefferson. Su renovada fascinación por Estados Unidos –cuyo progreso era tangible en los canales, navíos, museos, bibliotecas y teatros de Filadelfia–, así como su participación en los círculos masónicos y periodísticos de la ciudad, llevó a estos exiliados a imaginar una “homologación política” del continente centrada en “la soberanía popular, el gobierno representativo, la electividad de la primera magistratura y los derechos ciudadanos”. Los de Filadelfia fueron entonces los años del optimismo y de la utopía de una gran “fraternidad americana” de signo republicano.

El sexto y séptimo capítulos vuelven al tema de los encuentros entre las dos Américas, pero esta vez desde la perspectiva norteamericana. Rojas escoge al embajador Joel R. Poinsett y a la escritora sureña Cora Montgomery para ilustrar las paradojas de “un republicanism [el norteamericano] que es, a la vez, emancipador e imperial”. Tradicionalmente descrito como un conspirador “demoniaco y sutil”, Poinsett resulta ser más bien un hombre marcado por su temperamento protestante, su formación ilustrada y su profundo antimonarquismo. Nacido en Carolina del Sur y educado en Nueva Inglaterra y Europa, Poinsett condujo las misiones diplomáticas de Estados Unidos en Chile y México entre 1810 y 1830, y abogó intensamente ante el Congreso para que se extendiera el reconocimiento oficial de las independencias hispanoamericanas. Sus preocupaciones cen-

trales fueron tanto estratégicas como ideológicas: por un lado, deseaba reducir la influencia comercial y política de Gran Bretaña en Hispanoamérica y el Caribe; por el otro, despreciaba la herencia monárquica y católica de las antiguas colonias españolas, y aspiraba a transformarlas según el credo ilustrado y republicano. Esto le llevó a sellar una firme alianza con el político yucateco Lorenzo de Zavala y con el sector más radical de la masonería mexicana (los *yorquinos*), junto a quienes impulsó el federalismo, la abolición de la esclavitud (excepto en Texas), la tolerancia religiosa y el hostigamiento contra la elite económica peninsular. La relación de Poinsett con México fue siempre problemática mas no por ello distante: aunque detestaba las corridas de toros y la “superstición” del populacho, el embajador fue un apasionado estudioso de la sociedad y la naturaleza mexicanas. Tanto le fascinaba nuestra flor de nochebuena que la trasplantó desde Taxco a las playas de Charleston y la bautizó con su propio apellido: *poinsettia*.

Cora Montgomery, por su parte, tuvo un papel destacado en la formación de las colonias de exiliados hispanoamericanos en Nueva York y Nueva Orleans durante las décadas de 1840 y 50. En esta última colonia habrían de coincidir Melchor Ocampo, Benito Juárez y los defensores de la anexión cuba-

na a Estados Unidos, todos hermanados por su “sociabilidad masónica” y por su odio al conservadurismo monárquico español. El sincero republicanismo de estos liberales, subraya Rojas, no les impidió acercarse a madame Montgomery, quien ya era conocida por sus numerosos artículos y panfletos en defensa de la esclavitud sureña y del expansionismo norteamericano en el Caribe. La obra de Montgomery refleja nuevamente las paradojas del republicanismo imperial: si bien criticaba al gobierno conservador de Félix Zuloaga por su intención de “esclavizar al pueblo” mexicano, también consideraba “sabia y bondadosa” la incorporación de Cuba al “pacto de la Unión”, pues permitiría “someter a la tosca y subdesarrollada familia negra al crisol de la emancipación gradual”.

Ciertamente, los miembros de la colonia de Nueva Orleans estaban ya muy lejos del optimismo de la década de 1820. Sarmiento en Argentina y Ocampo en México pertenecen a una joven generación de “liberales románticos” que anhelaba terminar con los vestigios del antiguo régimen español. Dos de los mejores capítulos de *Las repúblicas de aire* están dedicados precisamente a explorar las diferencias y conflictos entre dicha generación y los veteranos del primer republicanismo hispanoamericano, ejemplificados ahora por

Andrés Bello y José María Heredia. Respecto del primero, es bien conocida su “pasión por el orden” y su crítica de los excesos del liberalismo y la democracia. Sin caer en el conservadurismo de Lucas Alamán, el Andrés Bello de mediados de siglo sugería tomar en serio la historia y olvidarse de las teorías abstractas sobre el gobierno perfecto: desde su punto de vista, una “comprensión serena” de la herencia colonial era indispensable para imaginar un nuevo orden capaz de superar la “anarquía” y la “exaltación” de los primeros experimentos republicanos en Hispanoamérica. Al igual que Bello, el cubano José María Heredia llamó a preservar las instituciones liberales por medio de “la moderación política, el orden legal y la virtud ciudadana”. Heredia resulta un personaje difícil de ubicar en el espectro político. En su juventud participó en la fracasada conspiración independentista de los “Soles y Rayos de Bolívar”, tras lo cual partió al exilio en Estados Unidos y México. En nuestro país se incorporó a la logia *yorquina* y ejerció diversos cargos públicos. Sin embargo, su hartazgo frente a “las pasiones rencorosas y la efervescencia de los partidos” le distanció de los radicales y le empujó a fundar en Toluca el periódico *El Conservador* (1831-32), en el que propuso la creación de una “nueva cultura basada en el patriotismo republicano”,

similar a la religión cívica de Estados Unidos. Su frustración política y su retraimiento de la vida pública se acentuaron tras su salida del Congreso mexicano en julio de 1833. Tres años después expresaría dramáticamente su desencanto al capitán general de la Isla de Cuba, Miguel Tacón:

Es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirla habría sacrificado gustoso mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando desde hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquier tentativa para trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano.

El capítulo final analiza más ampliamente los vínculos entre este profundo desencanto y la “deriva despótica” del primer pacto republicano en Hispanoamérica. Inevitablemente, el personaje central del capítulo es Simón Bolívar, quien denunció con mayor claridad la imposibilidad de una democracia republicana en una América “ingobernable”, donde lo único que puede hacerse es “emigrar”. Ya desde 1812 Bolívar criticaba a los “buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo

la perfectibilidad del linaje humano”. Según el “Libertador”, los irredentos pueblos de Hispanoamérica eran el resultado de tres siglos bajo el “triple yugo de la ignorancia, la tiranía y el vicio”. Por tal razón, los nuevos Estados requerían “de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra”, esto es, de instituciones fuertes capaces de imponerse sobre los caudillos, las provincias, las facciones y las clases populares. El proyecto bolivariano de un presidente vitalicio con derecho a nombrar a su sucesor (un verdadero monarca en traje republicano) no fue precisamente aplaudido por los liberales de América y Europa. En las últimas páginas del libro, Rafael Rojas reproduce las duras críticas que hiciera Benjamin Constant a Bolívar en 1829, como insinuando los paralelos entre las tentaciones autoritarias de ayer y hoy. Dice Constant, por ejemplo, que el “Libertador” Bolívar ha terminado por convertirse en un “usurpador”, pues invocando su pasado heroico y la poca ilustración de sus conciudadanos “se ha adueñado de todos los poderes sancionando su dictadura con ejecuciones y asesinatos”. La verdadera amenaza para las repúblicas, insiste el liberal francés, no se encuentra en la inmadurez de la ciudadanía, sino en la concentración ilimitada del poder personal:

En nuestra actual organización, la dictadura es un crimen. Si un pueblo no es lo bastante instruido como para ser libre, no será la tiranía la que le traerá la libertad. Por otro lado, la apreciación de la sabiduría de un pueblo no deberá confiarse a quienes tienen interés en tildarlo de ciego y estúpido. No será la primera vez que se calumnia a las naciones para esclavizarlas.

El fino análisis de Rafael Rojas tiene una indudable actualidad en un momento en el que las democracias hispanoamericanas oscilan justamente entre el desencanto ciudadano y la nostalgia autoritaria. Pareciera que al narrar la trágica fundación de nuestras repúblicas, el autor nos recuerda la imposibilidad de acceder a la democracia por decreto, sin fortalecer antes el ejercicio cotidiano de los derechos, el pluralismo y la igualdad. En este pasado de ilusiones y desencantos, nos advierte Rojas, pudiera estar nuevamente nuestro futuro. Desde una perspectiva estrictamente historiográfica, *Repúblicas de aire* destaca por su elegante prosa, por la solidez de la investigación y por su exitosa confección de una historia verdaderamente transnacional. El republicanismo aparece en esta obra como una gesta de dimensiones atlánticas, en la que los hispanoamericanos fueron tan protagonistas como los franceses o los norteamericanos. En este último punto, sin

embargo, se echa de menos una mayor presencia de los contemporáneos estadounidenses de Bolívar, Heredia y fray Servando. Al principio del último capítulo, Rojas apunta que “utopía y desencanto... son estaciones mentales de la construcción republicana, tanto en Estados Unidos como en Hispanoamérica”. La afirmación queda suficientemente probada en el segundo caso, mas no en el primero. Aunque Rojas dedica abundante espacio a Poinsett y Montgomery, o a la experiencia de los exiliados en Filadelfia y Nueva Orleans, prácticamente no hace mención del desencanto y los dilemas por los que también atravesó el experimento republicano en Norteamérica. El énfasis, en todo caso, se centra en la transición del monroísmo a la doctrina imperialista del Destino Manifiesto. Aquí cabría rescatar, por ejemplo, el fascinante estudio de Drew R. McCoy sobre los últimos años de James Madison, el padre de la Constitución de 1787.¹ Según McCoy, Madison vivió en carne propia la dificultad de conciliar los principios de la revolución americana –gobierno popular, libertad e igualdad– con su férrea defensa de la estabilidad social y la moderación política frente a los estados

esclavistas del Sur. De hecho, la imposibilidad de resolver pacíficamente este dilema probaría ser el talón de Aquiles del pacto republicano de Filadelfia, sobre todo tras la incorporación de Texas y los territorios arrebatados a México en 1848.

Mi mayor crítica a la obra tiene que ver con la poca atención que presta el autor a la dimensión religiosa del republicanismo hispanoamericano. Una de las premisas del libro es la diferenciación entre este primer republicanismo y los liberalismos y conservadurismos de mediados del siglo XIX: “en síntesis –apunta Rojas–, podría afirmarse que el republicanismo originario no propuso enfrentar [la] heterogeneidad [social] por medio de estrategias anticorporativas contra el clero, el ejército o los cabildos, a la manera liberal, ni por medio de una reconfiguración estamental de las sociedades, a partir de esos mismos cuerpos del antiguo régimen, como intentaron algunos gobiernos conservadores”. Este republicanismo, añade más adelante, asumió como un hecho inevitable la exclusividad confesional del Estado; la inclusión de la tolerancia religiosa en el programa republicano se trata en realidad de un fenómeno tardío, que Rojas menciona por vez primera al examinar los proyectos de colonización de Zavala en Texas. ¿Por qué se quebró el consenso religioso entre los republi-

¹ Drew R. McCoy, *The Last of the Fathers: James Madison and the Republican Legacy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

canos durante y después de la década de 1830? ¿Cuál fue la causa del agudo conflicto entre Iglesia y Estado que tendría lugar en toda Hispanoamérica durante la segunda mitad del siglo XIX, y que contribuiría decisivamente a la formación de los partidos liberales y conservadores? Es bien sabido que las controversias sobre el patronato tuvieron mucho que ver en esto, pero mi impresión es que las causas de la ruptura fueron mucho más profundas de lo que normalmente se asume: ¿cómo podían coexistir un credo político que demanda la lealtad ciudadana al Estado con otro credo religioso que antepone la ley de Dios a las leyes de la república? ¿Cómo enfrentaron este dilema los primeros republicanos? En este conflicto de lealtades, en esta imposibilidad de la utopía de una república católica, se halla quizá una de las semillas fundamentales del desencanto que analiza Rojas en este por demás extraordinario libro.

Congreso sobre minorías étnicas de China:
El Colegio de México, 17 y 18 de septiembre
de 2009

María Teresa Rodríguez y Rodríguez

Las actividades académicas sobre lo que está sucediendo en China se multiplican día con día en México, al igual

que, seguramente, en muchos países del mundo. Podría decirse que el interés está enfocado principalmente en la evolución de la economía china durante las últimas tres décadas, y en su inserción tan rápida en las corrientes de comercio y financieras mundiales, generalmente examinadas en conexión con las reformas económicas introducidas en aquel país a principios de los años ochenta. En todo caso, se busca determinar las relaciones existentes entre la aplicación de políticas económicas derivadas de esas reformas, y los cambios habidos en la economía y en la sociedad.

Pero para que el estudio de la evolución socioeconómica de China se aborde de manera integral, tiene que ir más allá de lo meramente económico; es decir, hay que incursionar en los ámbitos político, social, cultural e incluso religioso, temas todos que desde luego son objeto de estudio sistemático de los especialistas pero que, a diferencia de los económicos, reciben una atención discontinua y limitada del público en general, misma que resurge o se acrecienta cuando sucede algo considerado como relevante, por ejemplo las protestas de tibetanos a principios de la primavera de 2008, y las de integrantes de la minoría Uigur en julio de 2009. Es entonces que todos queremos saber lo que está sucediendo al respecto en China.

El Congreso Internacional sobre Minorías Étnicas en China,² que se celebró en El Colegio de México los días 17 y 18 de septiembre de 2009, respondió con creces a la necesidad de información sobre hechos recientes en conexión con las minorías nacionales de China, pero su propósito no era, por lo menos no de manera prioritaria, el brindarnos detalles sobre protestas sociales ocurridas en zonas donde vive una alta proporción de tibetanos y/o de uigures. Este congreso respondió de manera fundamental al interés profundo, por parte de los especialistas, de sostener un diálogo fructífero sobre los orígenes, el desarrollo al presente, y lo que se espera sea la evolución futura de las minorías étnicas de China, todo ello examinado en el contexto del Estado-nación llamado República Popular China, donde se encuentran inmersas, y la cual se precia de ser una sociedad multiétnica.

Entre las características relevantes de este congreso está el hecho de que reunió a académicos venidos de lugares tan lejanos como Almaty, en Kazajstán, y de China misma, con sus contrapartes mexicanas de El Colegio de México, así como de los Institutos de Estudios Sociales y de Estudios Históricos de la UNAM, y del

ITAM, y que se trataron aspectos muy diversos sobre el tema central ya mencionado: los orígenes, la evolución al presente y las perspectivas de desarrollo futuro de esas minorías étnicas, cuyos integrantes son además ciudadanos chinos.

Se analizó el significado de “minoría étnica” desde diferentes enfoques, por ejemplo el de considerarlas como una concepción creada de manera artificial al momento de la formación de los Estados-nación (Federico Navarrete),³ los que como fundamento para su consolidación requirieron del consenso, voluntario o forzado, de las facciones minoritarias ubicadas dentro de su territorio; es decir, grupos humanos que por sus circunstancias se consideraban ligados al territorio, y autónomos en el sentido de contar con tradiciones propias, que pudieran conservar solamente a partir de su incorporación a una entidad nacional en la que pasaron a ser, como el nombre lo dice, minorías, en gran medida supeditadas a las decisiones del grupo mayoritario bajo cuya iniciativa se formó el Estado-nación.

Para el caso de China, podría decirse que el proceso comenzó por la identificación de la mayoría étnica, los Han, una forma de distinguirse de los no Han, ello en un contexto de convivencia de las di-

² Las minorías étnicas de China: Política cultural y narrativas de identidad en la República Popular China.

³ Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

ferentes etnias asentadas en el territorio de Zhongguo, o Reino del Centro. Para algunas de las minorías étnicas dentro de China, por ejemplo los tibetanos y los uigures, lo anterior significó también su identificación con relación a un otro, sin que hasta la fecha ello las haya llevado a la adopción de las tradiciones Han. En el caso de los manchúes otra es la situación, porque esta minoría étnica entró a China como conquistadora, y formó una dinastía que duró 268 años, durante los cuales su convivencia con los Han fue de tal naturaleza que la llevó a ser asimilada culturalmente, lo que de forma posterior facilitó su integración al país que es China. Fueron los mismos manchúes quienes de manera temprana en el tiempo desecharon su organización tradicional, tribal, para convertirse en una comunidad de minoría étnica; y solamente en épocas posteriores, ya como parte de la RPCh, comenzarían nuevamente a identificarse a sí mismos como descendientes de un tronco común (Yao Dali).⁴ Cabe señalar que la dinastía Qing (manchú) dominó la mayor extensión territorial de la historia de China, al anexas a la soberanía china, a fines del siglo XVIII, el altiplano tibetano y el Noroeste habitado por uigures y otros grupos túrqui-

cos, al que desde entonces se le dio el nombre de Xinjiang (nueva frontera).

En el congreso ya mencionado se habló también de las circunstancias económicas de las diferentes etnias, encontrándose que existe una diferenciación marcada en cuanto a grado de desarrollo entre los Han y los no Han, a favor de los primeros, lo que algún investigador caracterizó como un problema político, de apoyo deliberado a los Han asentados en zonas de minorías nacionales (Carlos Mondragón);⁵ y sin embargo, las protestas recientes, más que a lo económico, fueron atribuidas a problemas de gobernabilidad y a un vacío de poder, que resultan de falta de legitimidad de las autoridades, eso para el caso específico de Tíbet (Tsering Shakya).⁶

Por otra parte, en algún momento se recordó que los grupos económicamente marginados entre los Han también están expuestos al atraso económico, lo que convertiría ese problema en uno de falta de capacitación de los grupos marginados, o simplemente de ausencia de mecanismos compensatorios de la inequidad en la distribución de los beneficios del crecimiento.

⁵ Profesor-investigador del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México.

⁶ Especialista en estudios tibetanos, históricos y contemporáneos, del Instituto de Investigación en Asia, Universidad de British Columbia, Vancouver, Canadá.

⁴ Investigador del Centro de Investigaciones de Historia y Geografía de la Universidad de Fudan, Shanghai, RPCh.

Cuando se habló de migraciones para el caso de los uigures (William Clark),⁷ se les asoció también a circunstancias del ámbito político, primero en la antigua Unión Soviética, de donde familias completas emigraron hacia China para escapar la represión estalinista; ese mismo proceso se presentaría en sentido contrario, tanto durante la hambruna de 1960-61 en China, consecuencia directa de la desastrosa campaña del gran salto adelante, como durante la revolución cultural, cuando familias uigures, muchas de ellas todavía poseedoras de documentos soviéticos, viajarían de regreso a la URSS, huyendo de los efectos de esos movimientos de masas. El que una etnia tan representativa como los Uighur se encuentre asentada a los dos lados de la frontera China-Rusia, desde luego es causa de preocupación para el gobierno de la República Popular China, sobre todo en momentos de inestabilidad social como los que se vivieron en julio de 2009.

Los aspectos culturales también ocuparon un lugar preponderante en este congreso, por ejemplo una presentación sobre el *nüshu* (Flora Botton),⁸

fenómeno que se desarrolló con mayor fuerza en la provincia de Hunan, una escritura para la comunicación exclusiva entre mujeres –las que representan una especie de minoría en el sentido de supepeditación a los varones en el seno de la familia–, quienes siempre estuvieron excluidas de los ritos ancestrales; o el *tise* (María Elvira Ríos),⁹ un sistema matrilineal de descendencia, consistente en el control de los hijos totalmente por la madre y las mujeres de su familia, con desprendimiento casi total de los mismos respecto al padre biológico, práctica común dentro del grupo Mosuo, que se encuentra disperso en pequeñas comunidades en las provincias de Sichuan y de Yunnan, y al que se asocia con los mongoles; finalmente, se habló del paso de la “ortopraxis” –el cumplimiento de los rituales tradicionales como forma de fortalecimiento de la identidad, práctica común a todas las etnias de la antigua China– a la “ortodoxia” (Laura Rubio),¹⁰ en este caso la establecida por los comunistas a su llegada al poder, lo que obligó a las etnias, en particular a las minorías, a la búsqueda

⁷ Especialista en temas Üigures, adscrito al Instituto de Estudios Orientales de la Academia Kasaja de Ciencias, en Almaty, Kazajstán.

⁸ Profesora-investigadora del Centro de Estudios de Asia y África, área de China, de El Colegio de México.

⁹ Estudiante de Doctorado del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México.

¹⁰ Profesora-investigadora en el Departamento de Estudios Internacionales del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), y coordinadora del Programa de Estudios de Asia Pacífico de dicho instituto.

da de una nueva identidad, esfuerzo todavía en proceso.

Sin duda, este congreso internacional fue una experiencia muy positiva para los que tuvimos la suerte de participar, en mi caso solamente como asistente, y a ese respecto habría que señalar que se trató de una iniciativa de los estudiantes del posgrado de Asia y África, lo que le da un mayor mérito al esfuerzo de organización. Eventos de esta naturaleza contribuyen a la mejor comprensión del proceso de consolidación de una nación de las dimensiones de China, el que no depende únicamente de los logros económicos, sino de el balance dentro de la sociedad, uno de cuyos pilares es la integración “armoniosa” entre las 56 etnias existentes en China, desde luego respetando las respectivas identidades, y la diversidad que de ahí resulte.

L/ISTOR: RUSIA-URSS-RUSIA. I.

ANTES DE 1917

Jean Meyer

Vera Tolz, *Russia. Inventing the Nation*. Londres: Arnold, 2001, 307 pp.

El libro es una contribución mayor al debate sobre cómo ha evolucionado a lo largo de los tres últimos siglos la concepción que los rusos tienen de sí mismos: pasar del imperio multiétnico, religioso y

cultural –sea el de los zares o el de los bolcheviques– a la construcción del Estado-nación no ha sido fácil. Y el paso no ha terminado por completo. Tolz enfoca su trabajo sobre los intelectuales, políticos y poetas que idearon y emprendieron la edificación de un Estado nacional sobre el modelo de sus contrapartes europeas, sus rivales políticos y militares.

El mesianismo internacionalista de la URSS ofreció una ideología que parecía más apta a conservar el imperio que la ortodoxia del siglo XIX que no podía atraer a las importantes minorías católica, judía y musulmana. La herencia soviética pervive hasta la fecha en una Federación de Rusia que no ha encontrado su identidad.

Marshall T. Poe, *A People Born to Slavery: Russia in Early Modern European Ethnography, 1476-1748*. Nueva York: Columbia University, Cornell University Press, 2000, XI + 293 pp.

_____, *The Russian Moment in World History*. Princeton: Princeton University Press, 2003, xv + 116 pp.

El primer libro se concentra en el cliché europeo de un imperio ruso con un déspota tiranizando a un pueblo de esclavos, para luego desmentirlo desde una perspectiva revisionista que el autor lleva demasiado lejos y para la que escribe esta breve reseña. En 1995, M.T. Poe

había publicado *Foreign Descriptions of Muscovy* y mencionaba la existencia de 600 (!) descripciones escritas entre 1450 y 1700. Ahora bien, cuando afirma, en 2000, que estos viajeros estaban totalmente equivocados y que no entendieron nada, cae en la exageración. Su eslavofilia es tan simpática como errónea.

En *The Russian Moment*, Poe afirma que hasta fines del siglo XV Rusia no sonaba en el concierto internacional, pero que del siglo XVI hasta 1991 se transformó en un actor mayor, para regresar a una situación marginal después de la desaparición de la URSS, cuando su territorio vuelve a ser el del siglo XVI. Pierre Chaunu había contestado de manera admirable, en su síntesis sobre el siglo XVII europeo, a las dos preguntas que se plantea Poe: ¿por qué Rusia ocupa frecuentemente una posición marginal? ¿Por qué se volvió una potencia mayor durante tres o cuatro siglos? Ese breve libro ofrece al no especialista un resumen útil de 500 años de historia de Rusia.

Tamara Kondratieva, *Gouverner et nourrir: Du pouvoir en Russie (XVI-XX siècles)*. París: Les Belles Lettres, 2002, 274 pp.

De la alimentación como una forma constitutiva del poder estatal, así como de la guerra. Especialista reconocida de la antigua “Rus” y de la Rusia moderna, Tamara Kondratieva arma un intere-

sante paralelismo entre la Rusia moscovita y la URSS. Utiliza todos los recursos de la antropología cultural, de la historia de la cultura material y del consumo, para sostener que el sistema soviético resucitó elementos de la cultura política de la Gran Moscovia. Si uno piensa que devolvieron a Moscú su rango perdido de capital e hicieron de nuevo del Kremlin el sitio del poder, su hipótesis no deja de seducir al lector. La revolución bolchevique, como revolución astronómica, regresa al punto de partida... “*La fonction nourricière*” del Estado ha sido efectivamente un elemento permanente del imaginario cultural soviético, que remite a la Rus de los grandes príncipes de Moscovia. “Gobernar es poblar”, pero gobernar para poblar es también alimentar: el Estado como padre de familia que da de comer a los hijitos... o los mata de hambre.

Este libro ambicioso y bien logrado es uno de los trabajos más estimulantes e imaginativos publicados en los últimos años sobre la historia de Rusia en la larga duración.

Barbara Alpern Angel, *Women in Russia, 1700-2000*. Nueva York: Cambridge University Press, 2003, xxviii + 275 pp.

A partir de la bibliografía sobre el tema publicada en los últimos 35 años, la au-

tora ofrece una valiosa síntesis y un estado de la cuestión. Lo puede hacer porque ella misma fue pionera en los estudios de género en Rusia. No deja de llamar la atención la rápida conquista en educación y empleo de las mujeres a partir de 1850, así como su participación muy activa en la esfera pública, militancia política, cultura y ciencia. La primera guerra y la revolución aceleraron el movimiento al ofrecer más oportunidades a las mujeres, incluso en el ejército zarista. A partir de 1930 la apertura pierde de su fuerza: en el mundo del trabajo se reservan para las mujeres los puestos bajos y se les otorga un salario inferior.

Wolfram von Scheliha, *Russland und die orthodoxe Universalkirche in der Patriarchatsperiode, 1589-1721*. Wiesbaden: Libre Universidad de Berlín, Harrassowitz, 2004, 545 pp.

Resultado de una tesis de doctorado, el libro estudia las relaciones entre la Iglesia Ortodoxa de todas las Rusias y el patriarcado ecuménico de Constantinopla, desde la creación del patriarcado de Moscú en 1589 hasta su liquidación por Pedro el Grande. Para los historiadores de la Iglesia rusa, la lectura de Scheliha es necesaria para entender mejor los aspectos teológicos, ideológicos y culturales. Como no pretendía tratar las di-

mensiones institucionales, económicas y sociales –por cierto poco abordadas en general por los historiadores de la Iglesia–, sería absurdo reprochárselo. Por lo demás es una obra enciclopédica que pone a nuestra disposición trabajos prácticamente inaccesibles, publicados en revistas rusas del siglo XIX que uno no encuentra en Princeton, Harvard o Columbia.

André Berelowitch, *La Hiérarchie des Egaux : La noblesse russe d' Ancien Régime (XVIe – XVIIe siècles)*. Paris: Seuil, 2001, 438 pp.

Este libro trata de una etapa crucial en la historia de Rusia: cuando este país arcaico, a la periferia de Europa, hace su entrada en el escenario internacional. Los éxitos militares y diplomáticos que empieza a cosechar son el resultado de un largo proceso de transformación que arranca en los reinados de Iván III y su sucesor, Basilio III. Es cuando, por primera vez, los territorios rusos, casi en su totalidad, se encuentran incorporados en un Estado único, en vía de rápida mutación. La evolución acaba en 1689 cuando el joven zar Pedro (en el futuro conocido como “El Grande”) establece su poder personal, ya convencido de la necesidad de metamorfosear a la “Rus” en un imperio moderno. El siglo XVII es, pues, la fase terminal del periodo “moscovita”

(1462-1689). Berelowitch trata los problemas generales de la naturaleza del Estado moscovita y las peculiaridades de su historia a través de una clase social, la nobleza... 20 mil varones en edad de combatir, a principios del siglo xvii, 40 mil, al final: una nobleza comparable a sus homólogos de Europa y Asia. Y sin embargo muy diferente.

John P. LeDonne, *The Grand Strategy of the Russian Empire, 1650-1831*. Oxford, Nueva York: Oxford University Press, 2004, xv + 261 pp.

A lo largo de estos 150 años el Imperio Ruso cosechó victorias y territorios, extendiéndose hasta el Pacífico y la Prusia oriental, desde Finlandia hasta la vertiente sur del Cáucaso, acabando con la gran confederación Polonia-Lituania, despojando a Suecia y a los imperios otomano y chino. Según el autor, tal expansión no debe nada al accidente o al oportunismo: fue el resultado de una “gran estrategia”, de un plan maestro para movilizar todos los recursos humanos y materiales a fin de lograr la meta política concientemente definida. Es decir, dominar la Eurasia toda, desde las riberas del Elba hasta las playas del Pacífico. Pedro el Grande racionalizó la “gran estrategia”, cuyos elementos funcionaban desde 1650, a lo largo de la

gran guerra del Norte (1700-1721) con el rey de Suecia Carlos XII.

De manera interesante, el autor interpreta como una “retirada estratégica” y no como una victoria total, el reparto de Polonia a fines del siglo xviii, porque Rusia tuvo que compartir el pastel con Prusia y Austria. El otro freno a la expansión, mejor dicho a la velocidad de la expansión, fue interno: las debilidades económicas del imperio.

Al final de su libro, LeDonne señala que la URSS siguió la misma trayectoria y acabó muriendo de sobre-extensión.

Serguei Pushkarev, *Rossiya, 1801-1917, Vlast i obshchestvo*. Moscú: Posev, 2001, 672 pp.

Serguei Pushkarev, historiador inmigrante, había publicado este libro hace 60 años, en Nueva York, para los estudiantes estadounidenses y canadienses. Ahora los rusos lo pueden leer en su lengua materna.

Ernest A. Zitser, *The Transfigured Kingdom. Sacred Parody and Charismatic Authority at the Court of Peter the Great*. Ithaca: Cornell University Press, 2004, 280 pp.

Antes de llegar al poder y mucho más a partir de 1689, Pedro rompió de manera

ostensible y provocadora con la etiqueta imperial y con la práctica religiosa. No se sabe qué pareció más horrible a sus sujetos, si el hecho de que trabajaba con sus manos, viajaba al extranjero, fumaba pipa en público, no llevaba barba, se rodeaba de “infieles” o se divertía en parodias litúrgicas que el patriarca consideraba sacrílegas. Su meta era destruir los tabúes de una sociedad ritualista para modernizar Rusia sobre el modelo europeo. Antes mismo de emprender tal modernización, empezó por el ataque contra las creencias, todas o parte de ellas. Así se ganó la fama de ser el Anticristo.

Zitser nos ofrece un soberbio intento de descifrar los mensajes crípticos contenidos en los rituales burlones, que rayaban en la blasfemia, minuciosamente elaborados por el emperador (Pedro abandonó el título de zar).

James Cracraft, *The Petrine Revolution in Russian Culture*. Cambridge: Harvard University Press, 2004, 560 pp.

El autor ya había estudiado lo que llama la “Revolución cultural pedrina” para la arquitectura y las artes; ahora pasa al campo de la “cultura verbal”. Pedro inició una transferencia masiva de conocimiento desde Europa hacia Rusia, algo que cambió profundamente la mentali-

dad de la élite, una pequeña minoría que no rebasaba el tres o cuatro por ciento de la población. Esa revolución contribuyó a separar a la elite del resto de la nación, cisma que se fue agravando hasta finales del siglo XIX. Así, en tiempos de Pedro, nace una nueva lengua, con un vocabulario considerablemente ampliado con palabras francesas, alemanas, inglesas, latinas y griegas, escrita en un alfabeto simplificado para la imprenta.

Antes de 1700 la Moscovia no tenía más de 500 libros impresos, casi todos relacionados a la devoción. En las dos décadas siguientes se imprimieron 1,300 títulos, en su inmensa mayoría sobre temas no religiosos. Para 1800, hay 10 mil títulos. Tanto Zitser como Cracraft han sucumbido al ‘*charme*’ del emperador Pedro el Grande y eso los lleva a una exagerada e indulgente benevolencia.

Marc Fumaroli, “Petite anthologie de la prose française (VIII)”, en *Commentaire*, otoño 1994, pp. 675-683.

Marc Fumaroli presenta y publica unas cartas de Catalina II “La Grande” a Voltaire. “Catalina tiene una ortografía deficiente (la ajusté) pero su vitalidad, grandeza de ánimo, su espíritu a la vez vigoroso y seductor opera maravillas en un idioma, el francés, que, después de

todo, no era más que su tercera lengua, después del alemán y el ruso.”

Laurence Kelly, *Diplomacy and Murder in Tehran*. Londres: Tauris, 2002, 314 pp.

Se trata de la primera biografía en inglés del gran autor Alexander Griboyedov, amigo de Pushkin que encontró una muerte trágica, en 1829, en Teherán, cuando una multitud enardecida masacró al personal de la embajada rusa en Persia.

Sergei I. Zhuk, *Russia's Lost Reformation: Peasants, Millennialism and Radical Sects in Southern Russia and Ukraine, 1830-1917*. Baltimore y Londres: Woodrow Wilson Center, John Hopkins University Press, 2004, xx + 457 pp.

En sus últimos 70 años, el imperio ruso conoció una vida religiosa efervescente y eso vale tanto para la mayoría ortodoxa como para la importante minoría musulmana, y las numerosas sectas derivadas de la ortodoxia y del protestantismo. Sergei I. Zhuk centró su trabajo sobre el Sur de Rusia y Ucrania porque esta región fue, entre todas, la más marcada por un confesionalismo vibrante. Su libro interesa a todos los estudiosos de la religión y no solamente en el imperio ruso, porque sitúa a la “Reforma radical” en el

contexto de los movimientos milenaristas, mesiánicos y utópicos en el mundo entero. Conecta estos movimientos religiosos con las identidades nacionales en gestación o definición. Ahí está toda la cuestión de una Ucrania oriental ortodoxa frente a una Ucrania occidental (Galitzia) greco-católica unida a Roma. Ahí entra la violenta política de rusificación de Ucrania, inseparable de la voluntad de destruir a los greco-católicos, patriotas ucranianos calificados despectivamente de “uniatas”.

Otro tema apasionante es la interpretación de la conversión a una secta protestante (el Estado califica esa gente de “disidentes”) como voluntad de cambio y modernidad. Estos conversos abandonan el traje campesino tradicional, regional o nacional, y adoptan vestimentas modernas como señal de una nueva identidad supranacional, informal y moderna.

El libro descansa en un enorme trabajo de archivos y ofrece espléndidas fotografías.

Chris J. Chulos, *Converging Worlds: Religion and Community in Peasant Russia, 1861-1917*. DeKalb: Northern Illinois University Press, 2003, xv + 201 pp.

Para el autor la Ortodoxia es, durante esa época (1861-1917), “el principal

mantenedor cultural de la vida patriarcal pueblerina”, de modo que la religión es el elemento central en la Rusia rural. Utiliza las categorías de Max Weber y Benedict Anderson para aplicarlas a la provincia de Voronezh en la Rusia europea del Centro Sur. Así va a contracorriente tanto de los intelectuales occidentalistas del siglo XIX, como de los académicos soviéticos y muchos de sus colegas europeos del siglo XX.

Denuncia su “arrogancia” y “desprecio ingenuo” para la “fe rústica”. Para el historiador de México, es algo bien conocido y la experiencia no es diferente. Chulos pone a la antropología clásica de cabeza: donde ella encontraba “supervivencias arcaicas”, él identifica vitalidad religiosa, evidencia de una espiritualidad cristiana que permea la vida cotidiana. Un punto sorprendente y fascinante es la demostración documentada por el autor según la cual, contra las estadísticas oficiales de analfabetismo rural, la lectura y la escritura son muy difundidas entre los campesinos para definirse vigorosamente como ortodoxos. He encontrado un fenómeno semejante para los campesinos mexicanos de la generación de la Cristiada (1926-1929), también en los archivos parroquiales y diocesanos llenos de peticiones, cartas, reclamos presentados por gente calificada de “analfabeta” y “superficialmente cristiana”.

Cathy A. Frierson, *All Russia Is Burning! A Cultural History of Fire and Arson in Late Imperial Russia*. Seattle: University of Washington Press, 2002, x + 318 pp.

Hermoso libro-compendio de historia rural total, como le gustaba a Georges Duby. Una historia del fuego y del incendio: incendio instrumental agrícola, del tipo quema-tumba-roza de nuestro trópico americano, incendio instrumental también, pero para fines sociales, el famoso “gallo rojo” de los campesinos rusos, lanzado contra el vecino, el pueblo vecino, el gran propietario. El libro se desarrolla en tres partes: el papel del fuego en la vida rural cotidiana, como lumbre, luz y fogón, para la cocina, la cama, el horno, contra el frío y las tinieblas, y para la agricultura: los campesinos como “maestros del fuego” y también como sus víctimas cuando el incendio no es voluntario o escapa a todo control.

La segunda parte trata del “gallo rojo”, el equivalente del Captain Swing inglés: su papel en el control de la comunidad, en su lucha con las comunidades vecinas, los hacendados, el gobierno; como arma en los conflictos, la rebelión y la revolución, y, más terrenalmente, en la criminalidad rural.

La tercera parte presenta la contestación del estrato educado a la amenaza que el fuego representa en toda socie-

dad rural preindustrial. La autora estudia a fondo la obra de los “zemstvo”, esas asambleas provinciales tan admiradas por Alexander Solzhenitsyn: seguros contra el incendio, brigadas de bomberos, reglamentos de construcción y urbanismo...

Benjamin Nathans, *Beyond the Pale: The Jewish Encounter with Late Imperial Russia*. Berkeley: University of California Press, 2002, xvii + 424 pp.

Nathans estudia a un grupo de judíos que no han sido privilegiados por los historiadores, los llamados “asimilacionistas”, los que por su educación universitaria o por su riqueza mercantil recibieron permiso de abandonar la “Reserva” (“Pale”, significa territorio cercado), esas provincias occidentales del imperio, antiguamente parte del “commonwealth” lituano-polaco. El autor habla, con razón, de “integración selectiva” en la medida que estos judíos escaparon a las leyes y reglamentos discriminatorios. Estudia, a partir de los archivos imperiales, las políticas del gobierno, a San Petersburgo como el espacio mayor de tal integración (siempre incompleta, siempre dolorosa), el mundo universitario, las asociaciones de abogados. La *intelligentsia* judía, apoyada y financiada por los notables judíos

de San Petersburgo –alianza sorprendente subrayada por el autor–, no olvidaba a los judíos de la “Reserva”, sino que trabajó en organizar y movilizarlos para su defensa y solidaridad.

Giovanna Cigliano, *Liberalismo e Rivoluzione in Russia: Il 1905 nell'esperienza di M.M.Kovalevskij*. Nápoles: Liguori Editore, 2002, x + 501 pp.

La implosión de la Unión Soviética en 1991 ha llevado a los historiadores a redescubrir el liberalismo ruso anterior a la toma de poder por los bolcheviques. En los primeros años de la segunda república rusa, bajo la presidencia caótica de Boris Yeltsin, se buscaron en el pasado elementos para entender el presente y construir un futuro democrático y constitucional; por lo tanto, había que entender el fracaso de la revolución de febrero 1917, del liberalismo y también de la social-democracia.

En un brillante trabajo la historiadora italiana estudia a Maxim M. Kovalevsky –tuve la suerte de conocer en París a tres de sus hijos, el obispo ortodoxo Jean, el historiador Pierre y el liturgo y musicólogo Maxim–. M.M. Kovalevsky –historiador, sociólogo y constitucionista– ha dejado una obra tan vasta como profunda. Demócrata convencido, trabajó científica y políticamente para pro-

mover los derechos del hombre, el imperio de la ley, el parlamentarismo y la descentralización legislativa. Aportó mucho a los temas esenciales, que siguen siendo ley, justicia y constitución.

Cigliano estudia su vida y su obra, su largo exilio parisino, el regreso a Rusia en 1905, a la hora de la revolución, cuando ya ha adquirido todos los variados conocimientos que hicieron de él un maestro de la historia comparada. Analizó la revolución de 1905 y su fracaso relativo, relativo porque obligó al zar a conceder un régimen semi-constitucional, evocando a las dos revoluciones inglesas y a las revoluciones francesas.

Luego reconstruye su participación a los acontecimientos revolucionarios y su lucha tenaz contra la autocracia, a favor de un sistema representativo, con un poder legislativo electo, sobre el modelo inglés o francés.

Iain Lauchlan, *Russian Hide-and-Seek: The Tsarist Secret Police in Saint Petersburg, 1906-1911*. Helsinki: Sociedad Finlandesa de Literatura, 2002, 405 pp.

Si uno creía saberlo todo sobre la policía secreta del zar, la famosa Ojrana, al leer a Lauchlan no tardamos en darnos cuenta de la equivocación. Aporta mucha información nueva sobre su organi-

zación y funcionamiento y, además, la compara con sus hermanas de los principales Estados modernos. Resulta que no hay mucha diferencia... No es la Ojrana la que dio al régimen su cara de sombra, violencia e ilegalidad, sino al revés. El autor insiste sobre el hecho de que no era omnipotente y opina que hizo bien su trabajo, que consistía en defender al régimen: hasta la Revolución de Febrero en 1917, que la dismanteló, fue capaz de neutralizar a las amenazas mayores y de "liquidar" algunas otras. Su desaparición dejó inerme a la primera república y al gobierno provisional frente a sus adversarios revolucionarios. Lenin la resucitó inmediatamente bajo el acrónimo famoso de la CHEKA, muchas veces con los mismos hombres que utilizaron las mismas estructuras y valiosos ficheros.

Frederick C. Corney, *Telling October: Memory and the Making of the Bolshevik Revolution*. Ithaca: Cornell University Press, 2004, xvi + 301 pp.

Lauchlan dice que la supresión de la Ojrana por la Revolución de Febrero permitió la de Octubre. La historia legendaria de la de Octubre alcanzó la grandeza de mito fundacional de la Unión Soviética y pertenece al patrimonio épico mundial. El autor demuestra

que el mito del encuentro maravilloso entre la espontaneidad de las masas y la sabiduría conciente del gran Lenin ha sufrido muchas variaciones a lo largo del tiempo, hasta la “imposición de una narrativa acabada sobre la tabula rasa de la población”.

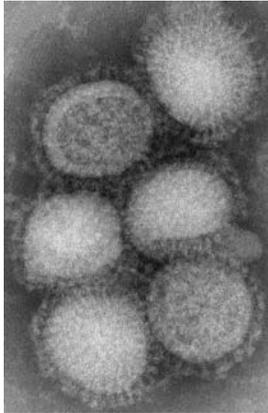
Durante los diez primeros años, la versión bolchevique fue tenazmente criticada y puesta en duda, pero con la victoria definitiva de Stalin triunfó la “Vulgata” de un Octubre leninista y bolchevique, sin ningún Lev Bronstein, alias Trotsky. En siete capítulos, Corney estudia la construcción de una memoria de dos maneras, por acumulación de informaciones y censura ideológica: memoria y documentación pasan por la criba de un Partido que se instala al centro de Octubre. Algún día un historiador realizará un trabajo semejante sobre la “memoria” castrista y el mito fundacional de la Revolución Cubana alrededor de la figura de Fidel Castro.

Serhii Plokyh, *Unmaking Imperial Russia: Mykhailo Hrushevsky and the Writing of Ukrainian History*. Toronto: University of Toronto Press, 2005, xvi + 614 pp.

El gran historiador ucraniano M. Hrushevsky (1866-1934) tuvo una larga trayectoria bajo los regímenes zarista y soviético, hasta que el segundo desa-

pareció su trabajo y lo liquidó físicamente. Un destino trágico, con victorias póstumas, como la independencia (¿precaria?) de Ucrania en 1991, y la edición en curso de sus obras completas en su patria. Un caso ejemplar de participación del historiador a la creación de una identidad nacional moderna, basada en una narrativa, una interpretación histórica.

En el imperio zarista, Mykhailo Hrushevsky puso en duda la versión rusa de un imperio de “todas las Rusias”, una versión histórica panrusa en la cual la Gran Rusia, la Pequeña Rusia (Ucrania), Bielorrusia y la Rusia roja (Besarabia subcarpática, hoy ucraniana) forman un todo desde tiempos inmemoriales, desde el principado de Kiev, cuna de la rusidad. Sin embargo, sus ensayos demoledores fueron publicados en 1904 por la Academia Rusa Imperial de Ciencia... Las autoridades de la Unión Soviética no manifestaron la misma tolerancia; tampoco los dirigentes actuales de Rusia que no pueden atacar a un historiador difunto, pero sí a su obra. ❧



ISTOR

año XI, número 41, verano de 2010, se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2010 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), calzada de San Lorenzo 244, 09830, México, D. F. En su formación se utilizaron tipos Caslon 540 Roman de 11 y 8 puntos. El tiro fue de 1500 ejemplares.